

**¿MANUEL PEÑA:
LA ESPERANZA AHOGADA EN *EL AMIGO MANSO*?**

Francisco Juan Quevedo García
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Abstract

Manuel Peña is a character we meet in the Galdosian novel *El amigo Manso*. In this novel his attitudes in his life appear like a surprising change. From his young idealism to propitious and powerful job of deputy. This change makes that Manuel is overwhelmed like a hope for Máximo Manso and begins like a new hope for Irene and Javiera Rico.

Cuando doña Javiera Rico le pide a su admirado vecino Máximo Manso, catedrático de Filosofía, que se haga cargo de la instrucción de su hijo Manuel, el profesor, lejos de sentirse molesto o contrariado, se muestra contento con su nuevo quehacer:

«Le tengo matriculado en la Universidad; pero de cada ocho días me falta siete a clase. Dice que le aburren los profesores y que le da sueño la cátedra. En fin, señor don Máximo, usted me lo toma por su cuenta o perdemos las amistades. En cuanto a honorarios, usted es quien los ha de fijar... Bendito sea Dios que le trajo a usted a poner su nido en el tercero de mi casa... Lo digo, amigo Manso: usted ha bajado del séptimo cielo...

Mucho me agradó la confianza que en mí ponía la buena señora, y por lo agradable de la misión, así como por la honra que con ella me hacía, acepté.» (Pérez Galdós, 1983, p. 25).

Este sentimiento de agrado que se advierte en Máximo se va a acrecentar con el conocimiento de las aptitudes y acciones de su discípulo. El

joven Peña, poseedor de una personalidad crítica, ante un maestro como Manso, defensor de las ideas krausistas, en las que se vislumbra una necesaria aproximación entre alumno y profesor, amén de un acercamiento a los conocimientos progresivo y no abrumador, comienza a sorprender a Máximo, sobre todo por sus buenos sentimientos y su capacidad expresiva:

«Iba descubriendo, además, Manolito un don de gentes cual no he visto semejante en ningún chico de su edad. Sabía inspirar vivas simpatías a toda persona con quien hablaba, y su gracia, su fácil expresión, su oportunidad, daban a sus palabras una fuerza convincente y dominadora que le abría las puertas de todos los corazones. Sabía ponerse al nivel intelectual de su interlocutor hablando con cada uno el lenguaje que le correspondía. Pero lo más digno de alabanza en él era su excelente corazón, cuyas expansiones iban frecuentemente más lejos de lo que los buenos términos de la generosidad piden.» (Pérez Galdós, 1983, p. 46).

Manuel Peña se configura como el verdadero discípulo de Máximo Manso. Éste, en su papel de narrador en primera persona, establece dos capítulos: el cuarto y el séptimo, en los que aparece ya en sus títulos el carácter de discípulo de Manuel. El cuarto capítulo se titula: «Manolito Peña, mi discípulo»; y el séptimo: «Contento estaba yo de mi discípulo». Máximo, tan idealista y sumergido en los caminos de la razón y, por otro lado, tan conecedor de la realidad que le hace crítico frente a ésta, encuentra en Manuel una persona a la que puede moldear y atraer a sus ideas filosóficas e ideológicas. En fin, es una esperanza para Máximo, atormentado por el carácter vulgar e inútil, en cuanto a pensamientos regidos por la razón, de las personas que lo rodean. Desde su propio hermano José María, un político que llega a los sillones parlamentarios por la necesidad de superar el ocio; hasta un personaje peculiar en la obra, Francisco de Paula de la Costa y Sainz del Bardal, bardo de luces repetitivas, floridos tópicos que extasían, eso sí, a unas personas cuyos gustos literarios quedaron enclavados en el pasado Romanticismo. Denah Lida nos hace sobre el particular esta interpretación:

«No hay más que comparar a Manuel con los José María, los Pez, los Sainz del Bardal, y hasta con los Cimarra, para ver que está por encima de ellos y que representa una esperanza de progreso. Progreso lento, minúsculo, pobre, sí; pero es el único que en España cabe esperar después del fracaso de la Primera República. (Pronto vendrá el negativismo y el pesimismo del 98, que no podrá ver en un Peña otra cosa que un cínico) Manuel y, en menor grado, Irene son

los únicos personajes que se han elevado y han madurado a lo largo de la obra.» (Lida, 1982, p. 506-7).

Las palabras de Denah Lida nos confirman un pensamiento generalizado en la obra, la necesidad de un progreso encarnado en nuevos hombres que aporten, además de un compromiso social, un maduro raciocinio, proveniente de una educación no enmarcada en bloques monolíticos. La crítica, la búsqueda del por qué a toda circunstancia que concurre a nuestro alrededor, propiciarán personas imbuidas, al menos, de cierta duda ante las acciones suyas o ajenas. Esto es lo que hace Máximo Manso y lo que desea que realice su discípulo.

Manuel Peña es la esperanza de Máximo pero también lo es para otros personajes de la obra. No olvidemos que es su madre la que pide con vehemencia al maestro que dirija su educación, consciente de que «su corazón es de pasta de ángeles». Doña Javiera Rico no cabe en sí al ver los prodigios de su hijo, prodigios sobre todo derivados del arte de la Oratoria, a la cual se muestra muy proclive el joven Peña:

«—Por allí —prosiguió doña Javiera— no decían más sino: «Este muchacho va a hacer la gran carrera... El mejor día me lo ponen de diputado y de ministro. Vaya un hombrecito...» Figúrese usted, amigo Manso, si estaría yo hueca. Se me caía la baba y lloraba como una tonta. Me daban ganas de ponerme en pie y gritar desde la barandilla del paraíso: «¡Si es mi hijo! Yo lo he parido y lo he criado a mis pechos...» La suerte que me desmayé... En fin, yo estaba loca. El corazón se me había puesto en la garganta...» (Pérez Galdós, 1983, p. 176).

El ideal de doña Javiera Rico es ver a su hijo en los ambientes más representativos de la sociedad, máxime en los foros políticos. Esta ilusión se va a convertir en realidad; Manuel Peña se constituye como un político de brillante porvenir. Esta condición va a representar el mayor deseo de la viuda de Peña, una esperanza conseguida en el panorama otrora pequeño de la carnicera; precisamente prescinde de la condición de tal para favorecer el camino político y social de su primogénito. Sin embargo, esta meta tan deseada se convierte en un desengaño para Máximo. El filósofo considera la política como una actividad licenciosa y poco propicia para su discípulo. Cuando el catedrático se halla fuera del mundo terrenal observa a Manuel y ofrece estas apreciaciones sobre él y su profesión:

«De conocimientos experimentales he hallado grandísima copia en Manuel Peña. Lo que yo le enseñé apenas se distingue bajo el espeso fárrago de adquisiciones tan luminosas como prácticas obteni-

das en el Congreso y en los combates de la vida política, que es la vida de la acción pura y de la gimnasia volitiva. Manuel hace prodigios en el arte que podríamos llamar de mecánica civil, pues no hay otro que le aventaje en conocer y manejar fuerzas, en buscar hábiles resultados, en vencer pesos, en combinar materiales, en dar saltos arriesgados y estupendos.» (Pérez Galdós, 1983, p. 301-2).

A pesar de que Manuel Peña aparezca en este fragmento de *El amigo Manso* como un verdadero líder en el campo político, para su maestro queda una irónica visión de su transformación, en la cual los conocimientos propiciados por Máximo han quedado en el olvido. Nuestro filósofo opta en la obra por conllevar una opinión sobre la política que roza con las ideas que sobre esta ciencia poseía Galdós. Para confirmar esta opinión nos basamos en el estudio que sobre Galdós ha realizado Francisco Rodríguez Batllori:

«¿Fue Galdós un político? ¿Sintió realmente vocación por la política y sus peripecias? El escritor —se ha dicho— pasa por diversas fases ideológicas: liberal simpatizante con la Corona, republicano con tendencia socialista y, por último, decepcionado de todo, nihilista político.

Creemos sinceramente que Galdós no estuvo nunca dispuesto a dejarse absorber por la política; recelaba, sin duda, que las actividades públicas pondrían coto a sus aficiones literarias. Por otra parte, no sería Galdós el patriota que medularmente era, si hubiese propugnado cualquier alternativa política frente a una fórmula equilibrada, equitativa y justa, con sentido nacional. Su concepto de la justicia no podía aceptar lo que de caprichoso y arbitrario tienen las ideologías partidistas.» (Rodríguez Batllori, 1969, p. 95-96).

La decisiva actividad política de Manolito Peña es uno de los polos que determina la frustración de la esperanza que sobre él posee Máximo. El otro gran polo de la decepción del maestro radica en una consideración afectiva mayor: Manuel Peña va a ser el contrincante de su maestro en la pretendida relación amorosa con Irene. La admiración de Máximo por la joven sólo es compartida por los lectores. Los dos únicos personajes que se acercan al conocimiento de esta admiración son José María Manso y la propia Irene. El primero considerará imposible una relación entre cualquier mujer y Máximo; la segunda sentirá a Máximo como padre, necesitada de él en los malos momentos que atraviesa. Si José María sólo llega a suspicacias, originadas por un deseo de criticar por algún motivo verosímil a su hermano, Irene ni siquiera llega al concepto de suspicacia. Máximo sentirá sólo la confirmación de la mutua correspondencia amorosa de Ire-

ne y Manuel. La soledad con este pensamiento lo lleva a esgrimir estas ideas:

«¡Bonito espíritu de adivinación tenía este triste pensador de cosas pensadas antes por otros; este teórico que con sus sutilezas, sus métodos y sus timideces había estado haciendo charadas ideológicas alrededor de su ídolo, mientras el ser verdaderamente humano, desordenado en su espíritu, voluntarioso en sus afectos, desconocedor del método, pero dotado del instinto de los hechos, de corazón valeroso y alientos dramáticos, se iba derecho al objeto y lo acometía!... Ved en mí al estratégico de gabinete que en su vida ha olido la pólvora y que se consagra con metódica pachorra a estudiar las paralelas de la plaza que se propone tomar; y ved en Peñita al soldado raso que jamás ha cogido un libro de arte, y mientras el otro calcula, se lanza él espada en mano a la plaza y la asalta y la toma a degüello... Esto es de lo más triste...» (Pérez Galdós, 1983, p. 253-4).

Duda Máximo de la eficacia de sus entelequias filosóficas frente a la práctica eficaz. Mientras que nuestro filósofo conlleva unos plantemientos basados en el raciocinio para dilucidar desde la simple inclinación en el gusto por Irene hasta su desengaño, el joven Peña actúa de forma directa y, en algunas ocasiones, atrevida para conseguir el amor de Irene. Al final, como sabemos, es Peña quien vence en esta disputa, con lo cual llega el pensador Manso a cuestionar lo positivo de sus estudios. Sin embargo, aunque Máximo valora en estos momentos más la acción que la teoría, no deja de pensar en la Filosofía como una ciencia necesaria para la sociedad, pues:

«El filósofo actúa en la sociedad de un modo misterioso. Es el maquinista interior y recelado de este gran escenario. Su misión es el trabajo constante en la investigación de la verdad.» (Pérez Galdós, 1983, p. 24).

Irene se enamora de Manolito Peña; al contrario que para Máximo, su relación con Peña la lleva a conseguir una esperanza deseada; Máximo, cuando conoce a la verdadera Irene, comprende que es una mujer que no sale de los cánones establecidos en la sociedad española, distinta de su ideal primigenio: una mujer centrada en el estudio y en la razón. Irene no estudia por el afán de conocimiento, sino por la necesidad de servirse del estudio como base para salir de una situación desagradable en la cual se encuentra inserta. María del Prado Escobar Bonilla, sobre este particular, afirma:

«Naturalmente la explicación de una tal falta de consistencia en la cultura, en la formación de Irene se debe a que, pese a todas sus apariencias de mujer superior, de equilibrada mujer nórdica, el cursar una carrera no ha sido en ella otra cosa que un intento de encontrar una evasión, una salida decente a su situación en casa de doña Cándida. Vocación pedagógica, deseos de independencia, aspiraciones culturales... todo se viene abajo ante la perspectiva de hacer una buena boda, casándose, además profundamente enamorada.» (Escobar Bonilla, 1980, p. 173-4).

No se duda de que la proclividad de Irene hacia Manuel Peña no sea producto de un amor sentido. Lo que no se cuestiona tampoco, en modo alguno, es que esta relación le va a proporcionar a Irene todo aquello que desea: gozar de una posición económica alta; poseer un prestigio social consolidado; vivir como un ama de casa, cuyos problemas se van a ceñir sólo al campo de lo doméstico, y no en elucubraciones lingüísticas o históricas. Cuando Máximo reconoce los verdaderos gustos y razones de la joven maestra le dice:

«Usted nació con delicados gustos, con instintos de señora principal, con aptitudes de esas que llamo sociales, y que constituyen el arte de agradar, de vivir bien, de conversar, de hacer honores y de recibirlos, todo con exquisita gracia y delicadeza. Faltan las condiciones atmosféricas para desarrollar esos instintos y esas aptitudes; y por lo mismo que le faltan, usted las desea, a ellas aspira, sueña con ellas..., y véase por qué inesperado camino se las depara la Providencia.» (Pérez Galdós, 1983, p. 261).

Ese inesperado camino al que alude Máximo es su discípulo Manuel Peña, camino agradable a Irene, como lo es, por sus éxitos sociales, a su madre doña Javiara Rico. Manuel ha elegido una profesión: la política, y a una mujer: Irene, construyendo con estos hechos la ruptura de la esperanza depositada sobre él por un catedrático de Filosofía llamado Máximo Manso.

Bibliografía

- Escobar Bonilla, María del Prado (1980): «Galdós y la educación de la mujer» en *Actas del segundo congreso internacional de estudios galdosianos II*, Las Palmas de Gran Canaria, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria.
- Lida, Denah (1982): «Amor y Pedagogía en *El amigo Manso*» en *Historia crítica de la Literatura Española*, tomo 5, Barcelona, Ed. Crítica.
- Pérez Galdós, Benito (1983): *El amigo Manso*, Madrid, Alianza Editorial.
- Rodríguez Batllori, Francisco (1969): *Galdós en su tiempo*, Madrid, Copión.